

GEORGE ORWELL: DE LA UTOPIÍA A LA DISTOPÍA

Por: Héctor Ceballos Garibay

A través de las utopías filosóficas numerosos escritores han imaginado la posibilidad de construir una sociedad armónica y paradigmática, la cual finalmente conseguiría terminar con los lastres y las lacras inherentes a la sociedad humana. Este es el sentido que anima las invenciones utópicas de Platón, Bacon, Moro, Campanella, Rousseau, Fourier y Marx. Por el contrario, las antiutopías o distopías literarias fueron concebidas como advertencias o malos augurios de un futuro que, dados ciertos elementos nefastos y recurrentes de la sociedad existente, se presenta como destino pernicioso e ineluctable. Las utopías cuestionan las injusticias y carencias que padecen las sociedades reales y, en forma optimista y un tanto candorosa, aspiran a crear un porvenir luminoso sustentado en la racionalidad, la igualdad y la felicidad perenne de los individuos. Las distopías, en cambio, enfatizan su visión pesimista sobre el acontecer humano y predicen el advenimiento de un mundo calamitoso y abominable que, tarde o temprano, acarreará funestas consecuencias para el conjunto social.

Un de los primeros ejemplos de antiutopía lo encontramos en la injustamente olvidada novela *Nosotros*, del escritor ruso Yevgeni Zamiatin. En este texto, antecedente directo del libro *1984*, de George Orwell, se hace una certera crítica de una sociedad industrial burocratizada y mecanizada al máximo, cuya característica principal es la ausencia de diferenciación entre los individuos: hombres y mujeres portan uniformes específicos, se identifican a través de números y su vida privada

es vigilada y tutelada por la policía política estatal.

En forma similar, tanto en el caso de *Un mundo feliz*, la famosa novela de Aldous Huxley, como en el de *1984*, el más certero de los libros antiutópicos, encontramos una pormenorizada crítica de la civilización tecnocrática y un cuestionamiento profundo de sus rasgos característicos: deshumanización, automatización, manipulación científica y triunfo de la racionalidad técnica sobre los valores humanistas. A la búsqueda de otros de sus filones analíticos, el escritor británico Anthony Burgess expuso que la novela de Orwell no sólo tenía atributos como texto futurista, sino que también constituía una magnífica recreación de la burocratización, la fealdad y la contaminación imperantes en la sociedad industrial inglesa de la posguerra (1945-1948).

De las varias y valiosas lecturas posibles de este texto clásico, nos interesa ponderar las cualidades de *1984* en tanto que descripción rigurosa de una sociedad totalitaria en donde el Estado, a través del partido único, controla y somete al conjunto de la sociedad. El sujeto –físico y metafísico- que encarna este poder omnipresente y avasallante es el Gran Hermano, un personaje de ficción que sintetiza los rasgos psicológicos -el delirio y la paranoia- de Hitler y Stalin.

Una vez que el Estado autocrático ha exterminado cualquier indicio de pensamiento libre y autonomía de los individuos, la vieja sociedad civil se extingue, y con ésta desaparece la plaza pública, la diversidad social, las opiniones plurales y la vida íntima de los súbditos de Oceanía. Así las cosas, asuntos como el amor y el erotismo adquieren la condición de actos subversivos que atentan contra el orden estatal. En efecto, en una sociedad cerrada donde impera la vigilancia policíaca, la delación permanente, la autocensura y la guerra perpetua contra los enemigos reales o ficticios del Gran Hermano, resulta lógico que Julia y

Winston Smith, los héroes de la novela, recurran a la sexualidad clandestina y padezcan el remordimiento que les suscita su relación afectiva prohibida.

Con objeto de imponer y perpetuar su aplastante dominación, el Estado totalitario se vale de ciertos mecanismos políticos que son descritos con minuciosidad a lo largo de la narración novelística: 1- La cancelación de la independencia y la privacidad de los individuos mediante el uso masivo de telepantallas, las cuales son utilizadas por la *policía del pensamiento* para registrar día y noche los movimientos y las conversaciones de la gente en cualquier ámbito público o privado (departamentos, oficinas, tiendas, fábricas). 2- El Estado recurre al uso de la violencia física para subordinar y acallar las expresiones políticas disidentes. Ciertamente: la sociedad distópica ideada por Orwell, oprobioso compendio del totalitarismo estalinista y nazifascista, no podría sobrevivir sin el imperio del terror político, la tortura y el espionaje perpetuos. 3. Asimismo, el adoctrinamiento ideológico y la manipulación de la información se vuelven herramientas imprescindibles para consolidar el control máximo sobre la gente. Por ejemplo, el Ministerio de la Verdad se encarga de borrar la memoria histórica mediante la invención de “verdades” que se ajusten a las necesidades pragmáticas y cambiantes del Estado. Además, con el propósito de justificar la represión interna y mantener la movilización permanente de la población, el dictador fomenta guerras sucesivas contra Eustasia y Eurasia, al tiempo que atemoriza a los ciudadanos con el fantasma del enemigo político: La Gran Fraternidad, el odiado grupo dirigido por Goldstein (personaje literario inspirado en Trotsky). A fin de unificar a la población y propiciar el resentimiento hacia los opositores al gobierno, el partido organiza rituales de odio por medio de los cuales se induce a la masa a que exteriorice de manera catártica y programada sus pulsiones en contra de los

enemigos del Estado. 4. Por último, gracias a la formulación de un idioma restringido y especializado llamado *neolengua*, a los sujetos se les obliga a pensar en forma acrítica y, sobre todo, se les prepara para que acepten sumisamente las múltiples contradicciones informativas en las que incurre el Estado a la hora de fabricar su “verdad”. En efecto, por medio de la técnica del "doblepensamiento" se educa a las personas para que admitan las falacias y las volteretas ideológicas que le sirven al poder despótico a fin de mutilar el espíritu crítico y la conciencia racional de los individuos.

La magistral radiografía del poder totalitario que realiza George Orwell en *1984* concluye dramáticamente cuando Winston Smith confiesa al dictador sus falsos crímenes contra el Estado, orillado a ello por la tortura a la que ha sido sometido. En forma distinta a las tesis de Arthur Koestler sobre las razones que propiciaron las fantasmagóricas confesiones de Rubashov en la novela *El cero y el infinito*, para el escritor inglés no hay duda que es el sistema totalitario, con su propia dinámica interna y su uso eficiente del castigo físico y psicológico, el factor explicativo del sometimiento final de Winston Smith al Gran Hermano (O’Brien).

Ya sea que a la novela *1984* se le rescate en tanto que descripción veraz y esclarecedora de lo acontecido en las sociedades totalitarias del siglo XX, que ella represente un conjunto de profecías parcialmente cumplidas en nuestra realidad actual, o que sólo se le considere como una advertencia pesimista acerca de los potenciales riesgos que podría enfrentar la humanidad en un futuro cercano, lo más doloroso de las proyecciones antiutópicas de Orwell sigue siendo su estremecedor mensaje sociológico consistente en la convicción de que cualquier individuo, una vez sometido a la maquinaria implacable del poder totalitario, terminará de manera inexorable domeñado por el dictador en turno.

